



En las oficinas del periódico La Hora, en 1935, durante alguna celebración. Aparece a la izquierda el entonces director del Diario de Costa Rica y ex-Presidente de la República, Otilio Ulate. De pie, al centro José Marín Cañas y Eduardo Chavarría. Rodeándolos, aparecen entre otros, Mario González Feo, Moisés Vincenzi, Abelardo Bonilla, Fernando Palau, Gilberto Hernández, Emanuel Thompson, Mariano Valenzuela, y Jaime Carranza.

Marín Cañas y El infierno verde

Luis Demetrio Tinoco

Las secciones cablegráficas de los diarios daban cuenta, diariamente, de los cruentos combates que se desarrollaban en las tierras bajas y cálidas que se extienden, en el Chaco Boreal, desde el Pilcomayo hasta la región de los indios chiquitos. El nombre del general Estigarribia se cubría de gloria por su destreza al conducir a sus soldados paraguayos a una victoria tras otras.

José Marín Cañas, de 28 a 29 años de edad, seguía con pasión desde la estrecha oficina que ocupaba como director del vespertino La Hora que acababa de fundar, las alternativas de aquella lucha en que se desangraban dos pueblos cuya población no alcanzaban los dos millones de habitantes. Las enseñanzas recibidas durante sus años de estudio en la Academia Militar de Segovia, y su imaginación fertilísima —hija sin duda de la sangre andaluza que circulaba por sus venas—, le presentaban como en pantalla gigantesca las peripecias de aquellos combates en que no se daba ni se recibía cuartel.

Una tarde, sentados algunos amigos alrededor de la mesa del negocio de Mongito —esquina diagonal de donde se encontraba entonces el Teatro América y hoy el Hotel Balmoral—, después de habernos descrito alguna de las batallas en que el general Estigarribia, con fuerzas menores, había logrado mediante hábiles maniobras la derrota de los ejércitos contrarios, dijo Pepe:

—Voy a escribir una novela sobre esa guerra estúpida del Chaco.

—¿Cómo vas a escribir sobre el Chaco —dijo alguno de nosotros— si nunca has estado ahí?

Su respuesta fue rápida, contundente.
—¿Acaso estuvo Julio Verne en la luna, o anduvo por el fondo del mar? Y Salgari, ¿cuándo navegó por el Mar, de los

Sargazos, o por las costas del Caribe? Yo no voy a escribir un libro de historia o una obra de geografía.

Después, como en un monólogo, quizás escudriñando nuestros semblantes en el afán de conocer la reacción que produciría en el gran público su audaz iniciativa, agregó:

—Sí. Voy escribir sobre las angustias, los dolores, las tragedias, de aquellos hordas de indios o mestizos que luchan con valor y ferocidad increíbles por una causa absurda, por un ideal que no conocen, obedientes, al sacrificar sus vidas y la tranquilidad de sus humildes hogares, a la voz de sus jefes, que tampoco conocen la verdad del por qué y por quiénes están lanzando a la muerte a sus reclutas. Es una guerra tonta, estúpida, como las campañas que el ejército español tuvo que realizar hace algunos años contra las sibilas beduinas y los mehalas marroquíes, contra Mehamed el Mizzian y contra Abd-el-Krim, que cubrieron de gloria a varios cuerpos de ejército y a muchos generales y oficiales, pero desangraron económicamente a España y llevaron luto a muchos hogares. Y todo ¿para qué? ¿Por el honor de la Patria? Es verdad. Por la Patria y por su honor se debe estar dispuesto a morir. Pero es que a veces, envueltos en un manto de amor por la Patria y de defensa de su honor, se ocultan muchos errores y se escuchan muchos errores.

Era elocuente Pepe cuando se exaltaba. Y también firme y tenaz en sus propósitos. “El infierno verde” apareció, por entregas, como en los folletines del siglo diecinueve, en La Hora, sin que se diera a conocer el nombre del autor, oculto bajo las apariencias de un soldado paraguayo que participaba en aquellos sangrientos combates y describía sus emociones y padecimientos en la zona inhóspita, impregnada de los hedores nauseabundos de los cadáveres en descomposición, sobre la cual sobrevolaban los gallinazos y los nubues, ansiosos de hincar sus garras aceradas en la masa sanguinolenta que

cubría aquí y allí los campos en que se había luchado.

Marín Cañas sacaba a sus personajes del marco limitado de las fronteras del país, y los hacía moverse en el dilatado escenario en que ocurren los conflictos militares, en el sur de América esta vez, como podrían hacerlo en otra ocasión en el corazón del África o en las penalidades y islas del Mar Pacífico, siendo como son similares las penalidades y las tragedias que provocan los enfrentamientos bélicos, cualquiera que sea el lugar en que se producen.

No lo habían hecho García Monge, al publicar “El moto” y “Las hijas del campo”, que tienen por marco el ambiente rural alejado a nuestra capital; ni Claudio González Rucavado con “El hijo del gamonal” y “Escenas Costarricenses”, que siguen la misma escuela del costumbrismo iniciada en España por Pereda; ni Jenaro Cardona, con “El Primo”, la obra que alcanzó un premio en la República Argentina, cuyo escenario no es ya el campo costarricense, sino la ciudad, pero siempre la ciudad típica.

El marco dentro del cual se mueven, hasta que apareció El infierno verde de Marín Cañas, los personajes en la novelística costarricense, es el marco que tiene por límite nuestras fronteras nacionales.

Marín Cañas tuvo la audacia, en nuestro ambiente menudito, de romper ese marco. Es uno de los muchos méritos que lo hacen acreedor a que se le recuerde siempre por su intrepidez al no dejarse intimidar por los complejos que produce la pequeñez del medio, como se le recordará también por su constancia y su gallardía en la defensa de los valores en que creía, y de sus ideales de democracia y libertad.

José Marín Cañas, periodista

José Antonio Zavaleta



Marín Cañas nació en 1904 y murió el 14 de diciembre de 1980.

“La hora!”... “La hora!”... “La hora!”... “La hora!”...

Eran las tres de la tarde del 13 de marzo de 1933, cuando montones deregoneros llevando bajo el brazo rollos de papel impreso corrían por la avenida central de San José, saltaban a los pesados y chorecos tranvías de Guadalupe, el Alto de la Estación, San Pedro y el Pacífico, e iban por toda la ciudad anunciando un nuevo diario.

En efecto: salía por primera vez “La hora”, un tabloide editado en la planta bastante trabajada del “Diario de Costa Rica”.

Llamaba la atención la salida de este periódico a las tres de la tarde, cuando la costumbre había mantenido las cinco de la tarde como hora tope para los vespertinos. Así habían aparecido desde tiempos de los Tinoco y don Julio Acosta “La Nueva Prensa”, “ABC”, “La Prensa Libre”, ya casi centenaria pues marcha sobre el año 91 prácticamente sin interrupciones, perteneciendo a lo largo de más de medio siglo a la familia Borrásé, con el veteranísimo don José Borrásé Rovira a la cabeza.

Marín Cañas en el periodismo.

José Marín Cañas hizo su educación secundaria en el antiguo Colegio Seminario, marchando a España para hacer su educación superior, aprovechando su tiempo para estudios de Contabilidad y cultivar una afición que no echó en el olvido nunca: las artes, de las que fue un constante enamorado. La música le contó entre sus valores y siempre le rindió tributo, haciéndolo el pan de cada día en su hogar.

Quando vivió al país con su experiencia de músico y su afición por las letras, fue dando suelta a sus anhelos de escritor y así publicó cuentos sugestivos, con una prosa musical y viva en aquel San José que él admiraba y quería.

Pero hemos dicho que el amigo del teatro que había en Marín, lo convirtió en constante amigo de los artistas de la época, haciendo charlas y ratos de solaz con Luis Gallegos, Cipriano Güell-Partagás, Juan Francisco Rojas Suárez, Alfredo Serrano, Abelardo Bonilla, Hugo Mariani y tantos otros artistas que dieron brillo a la vida cultural de las décadas de mitades de siglo.

El inicio de actividades de Marín Cañas en el periodismo coincidió con un renacer artístico en el país: estaban frescos los laureles que muchos jóvenes habían conquistado en los concursos literarios del “Diario de Costa Rica”, y entre las labores que realizó en la naciente “La hora” estuvo la preparación de algunos relatos que Marín escribía en las horas que le dejaba libre su afán periodístico. Muchas veces le miramos estudiando a altas horas de la noche y otras tecleando en la Remington le “único apellido”, como decía él, dándole forma a su sugestivo Infierno verde, cuyas páginas revisaba, por petición de Marín, don Abelardo Bonilla Baldarrs, entonces encargado de la sección cablegráfica del “Diario de Costa Rica”.

Pero muchas veces acudía a don Belfort Sancho, un gran lector de la literatura de entonces y un constante cazador de gazaos periodísticos de la prensa nacional e internacional, que él devoraba porque era el primer radiooperador del “Diario” y luego, también de su joven apéndice “La hora”.

A la derecha del sacerdote, don José Marín Cañas, en su época de estudiante en el colegio Seminario.



Hace dieciocho años en Cultura Hispánica

Mario Zaragoza

Hace dieciocho años, fue en abril de 1962, cuando ya el Instituto Costarricense llevaba diez de existencia, don José Marín Cañas fue elegido por primera vez presidente de su junta directiva. "Me siento honrado y consternado al aceptar el cargo y el honor...", manifestó al asumir la responsabilidad que se le confería. Junto a él, otros ilustres desaparecidos integraban la directiva electa: don Mario González Feo, vicepresidente; secretario general, don Jorge Lines Canalías; primer vocal, don Constantino Láscaris...

Pocos días más tarde se celebraba el primer acto bajo su presidencia, cuando en un nuevo local que había conseguido y amueblado en pocas horas, se recibía al Ministro de Asuntos Exteriores de España, don Fernando María Castiella, y al director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, doctor don Gregorio Marañón Moya, ambos en Costa Rica con motivo de la toma de posesión del presidente don Francisco J. Orlich. Allí don José pronunció una bella alusión, un fervoroso canto a la España que siempre llevó en su corazón criollo, y a la que amó con el mismo entusiasmo arrebatado con que amaba a la Costa Rica que le vio nacer: amor sin recato, sin límites, sin medias tintas, absoluto. Como era en todo.

Porque si algo caracterizó a Marín Cañas, era su absolutismo. No aceptaba términos medios. Cuando definía algo, cuando defendía algo, cuando detestaba algo (o alguien...), su definición, su defensa o su animadversión, eran totales; se entregaba a las causas que su inmenso corazón le dictaba, en cuerpo y alma; con entusiasmo y coraje. Y le repugnaba la tendencia nacional a las componendas, al "palanganeo", como un símbolo de la decadencia de las virtudes de sobriedad y seriedad que, según decía constantemente, forjaron la Costa Rica ejemplo de Centroamérica y aún del continente. Asumía con gallardía la posición que estimaba justa y jamás rehuía la responsabilidad de su postura.

Dieciocho años conviviendo día a día las inquietudes, problemas y alegrías de la labor del Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, llegaron a crear una especial simbiosis entre la institución y su genial presidente. Tal que, con el tiempo, nadie concebía a don José sin el Instituto, ni al Instituto sin él. Y así, una tras otra, todas las Asambleas Generales de Asociados fueron reeligiéndolo una y otra vez, hasta que el voto decisivo de la Muerte, único que podía hacerlo, lo separó del solio. ¿Quién se hubiera atrevido, en vida, a enfrentarsele cara a cara en una elección? Ni en ninguna otra palestra. Porque con su verbo acerado, sus argumentos ingeniosos y mordaces, su pluma ágil, su habilidad dialéctica, su facilidad de expresión, su "chispa" instantánea, era quizás el primer polemista y conversador del país. Jamás se olvidarán, por quienes tuvieron la suerte de escucharlas, o de participar de ellas, las tertulias informales que solían seguir a los actos académicos del Instituto; en que participaban, con él, don Abelardo Bommilla, don Mario González Feo, don Constantino Láscaris, el Embajador de España, don Joaquín Juste, y el secretario de la embajada, don Gumersindo Rico; don Julián Marchena, don Enrique Macaya; don Hernán G. Peralta... Allí era de ver a don José rebatiendo argumentos, sólo por rebatirlos, y levantar la polémica para tener oportunidad de mostrar sus dotes de orador e improvisador; dotes de polemista en los que únicamente se atrevía a competir con él, el insigne "chipriota", como él lo llamaba cariñosamente, el también inolvidable doctor Láscaris.

Pero no todo se le iba en los fuegos artificiales de su oratoria encendida y brillante. José Marín Cañas supo ser presidente eficaz y responsable. Día a día acudía a su despacho del Instituto, y con su inevitable puro en la mano (puro que se le apagaba y que encendía innumeradas veces en el transcurrir de la tarde), vivía las inquietudes y problemas de la institución, imaginaba (¡Oh, su fértil imaginación de novelista!) actividades, y tenía un claro e intransigente punto de vista acerca de la importancia y trascendencia de la misión del Instituto, en el ámbito de la vida cultural nacional. No toleraba oposiciones, ni para la institución, ni para él, como su presidente o representante, y cuando recibía en la "casa" (como él gustaba llamar a su sede) lo hacía con la olímpica elegancia y nobleza

de un viejo hidalgo español que hospedara a un monarca bajo su techo. Pero tras los actos que presidía y que tanto prestigio otorgaron al Instituto, hasta convertirlo en pieza fundamental del quehacer cultural nacional, tras su fluido verbo vibrante y su anécdota inesperada, existía el largo camino desde la intuición creadora hasta la práctica exacta y precisa: los largos debates para cribar pareceres con sus compañeros de directiva, las tardes de planeamiento de los detalles, el pulir forma y fondo una y otra vez, movilizar colaboraciones... Todo ese proceso que quienes fueron sus colaboradores en las tardes del Instituto recuerdan con emoción admirativa.

Pero todo ello se alternaba con su incesante tarea de escritor, rescatado para las letras nacionales tras un largo letargo literario, y sentía la fuerza de la inspiración en los más nimios y más importantes acontecimientos de la vida nacional, y lo mismo fustigaba o elogiaba al Presidente de la República en cosas de su alto menester, que recordaba anécdotas de su niñez urbana o rural, o pontificaba sobre fútbol y telenovelas. Y cuando aparecía un nuevo libro suyo, reedición de sus éxitos de novelista incomparable, o nuevos volúmenes recopilando sus artículos y ensayos de la prensa diaria, lo acariciaba, lo contemplaba con arrobamiento, lo colocaba amorosamente en la librería, y sentía por él el mismo amor, la misma íntima complacencia, de quien contemplaba a un nuevo hijo que viene a alegrar el hogar: al fin y al cabo, tanto el niño como el libro eran para él fruto de sus amores. Pero un fracaso de quienes lo rodeaban en los últimos años de su vida, ha venido a convertirse en frustración irremediable y definitiva: no se consiguió que dedicara su tiempo y su instinto creador a contarnos, con su estilo único y personalísimo, todo lo que había visto y recordaba en sus charlas de gracejo inolvidable: desde el incendio de "La información" hasta la recepción de los Duques de Cádiz, desde el asesinato de Federico Tinoco, a su viaje a España, que dio lugar al delicioso "Tierra de Conejos". Costa Rica, sus letras y su historia, han perdido una oportunidad maravillosa, única, fascinante, de tener un instrumento estupendo de deleite y documentación personalísima sobre tres cuartos de siglo de vida nacional.

Julián Marchena, Franco Cerutti, José Joaquín Chaverri, Enrique Benavides, Manuel de la Cruz, Fernando Centeno Güell, Enrique Macaya, entre otros, fueron sus asiduos visitantes y contortulios en los últimos años. Otras veces, grupos de noveles periodistas acudían a consultar, a escuchar, a aprender; escritores en ciernes, poetas con ilusión, le presentaban sus escritos en busca de opinión y consejo, que nunca faltaron. En ocasiones, jóvenes estudiantes llegaban a rendir homenaje a la gloria nacional, y solicitar datos y comentarios del legendario autor de los libros que estudiaban en las aulas universitarias o de los Colegios; sin que jamás salieran defraudados. Luego, con el último puro de la tarde encendido (a veces, apagado) en los labios, se envolvía en su bufanda, se encasquetaba el sombrero, y atravesaba el dintel de la "casa", de "su casa", para adentrarse en la noche ventosa o estrellada, camino del hogar. Otra jornada superada. Otra jornada en perspectiva. Hasta que un día se alejó para no volver...

Atrás dejó su obra: congresos, conferencias, cursos, certámenes, becarios, libros... dieciocho años de labor incesante y fructífera. Dieciocho años de cultura costarricense y universal. Dieciocho años de misión llena de fe, en defensa de la hispanidad: esa comunidad cultural que define y caracteriza a toda una serie de pueblos y razas desparramados por el mundo, a lo largo y ancho de cuatro continentes. De ese modo de ser, más que de pensar, que él representó como nadie quizás haya podido hacerlo, con un estilo directo, ardiente, combativo, sincero; noble, brillante, que le fue peculiar. "Español por los ocho costados", como le gustaba autodefinirse, supo sentirse y ser costarricense por el noveno costado, por esos pies en íntimo contacto con la amada tierra que lo vio nacer, y por medio de la cual sentía las raíces que le transmitían la savia fecunda de la Costa Rica que tanto amó y por la que tanto peleó.

¡Descanse en paz el hombre genial y generoso que nos acaba de abandonar! Pero su espíritu contestará "presente", siempre que una causa noble lo necesite, y Costa Rica y España lo convoquen a nuevas lides. Ojalá los que lo conocieron y amaron, sepan recoger para sus dos patrias amadas, la cosecha que sembró en su vida y fecundó con su muerte.

Don José Marín Cañas: la generosidad

Fernando Durán Ayanegu

A don José Marín Cañas lo conocí tardíamente. No literariamente hablando, pues su obra considerable, de narrador y ensayista, figura desde hace mucho tiempo en el marco al cual hacemos referencia todos los costarricenses que alguna vez intentamos disfrazarnos de escritores.

Cierto día, en manos de un colega profesor, llegó a mi oficina una tarjeta de don José Marín Cañas. Manuscrita, abrumadoramente elogiosa, se refería a una pequeña columna publicada por ahí con mi firma y, desde luego, en el primer momento me produjo una esperable y vanidosa satisfacción, pero más tarde me llevó a pensar que el mensaje decía más de don José que del destinatario, pues siendo él una de las figuras más importantes de nuestra literatura ¿qué si no una generosa ansia de reconocer aún los más pequeños méritos ajenos lo llevó a tomarse el tiempo y el trabajo de escribir aquella espontánea nota de estímulo?

Fui en su busca llevando la pretensión de demostrarle que yo lo admiraba a él, como escritor, desde mucho antes, pero no tuve la más mínima oportunidad de ofrecerle un elogio, de referirme, como habría deseado, a su obra literaria. Sus entu-

sismos tenían que ver con el futuro, con lo que aún quedaba por hacer, no con un pasado que, por muy fructífero que pudiera haber sido, parecía querer cubrir con una humildad poco usual entre los consagrados.

Vino después una amistad, de pocos años pero irrestricta, una relación en la que la generosidad de don José me brindó todos los privilegios, entre ellos el de la crítica fuerte, justa, casi fraterna, el de la observación sagaz y experimentada de mis errores.

Al enterarme de que había muerto sentí pesar. No por él, pues la vida no le brindó la generosidad del final sorpresivo, sino por nosotros, sus amigos, a quienes don José nos sirvió la enorme lección de la humildad y la hombría de bien: que yo recuerde, nunca le escuché una expresión que pudiera ir en demérito de su prójimo, pese a que ignoraba con deliberada reciedumbre a quienes no se habían ganado o habían perdido su admiración.